

colección rúbrica



JULIA CORTÉS PALMA

MUJER, MAESTRA Y MADRE

Toda una vida aprendiendo y enseñando

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE
LA EDUCACIÓN QUE RECIBÍ

*«Lo que se les dé a los niños, los niños darán
a la sociedad».*

KARL A. MENNINGER

Vocación

A lo largo de mi carrera profesional, especialmente en los últimos años, he dudado mucho de mi vocación. La verdad es que yo quise estudiar Medicina. Por eso siempre que tuve opción de elegir, opté por las Ciencias.

Durante el Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) estudié Ciencias Puras y realicé el Curso de Orientación Universitaria (COU) también en esa especialidad.

Aprobé Selectividad, y cuando tuve que elegir carrera, hice caso a mi madre. Ella me dijo que estudiara Magisterio, y que, si después quería seguir estudiando, me convalidarían varias asignaturas. También influyó que mi novio de entonces iba a estudiar Magisterio, aunque por la especialidad de Ciencias Humanas.

Lo cierto es que en aquella época yo era demasiado débil e influenciable (todo lo contrario a cómo me siento y muestro en la actualidad), y no me decidí a estudiar lo que en verdad quería.

La educación me atraía. Además, mi madre era maestra y alguna vez la había sustituido de manera puntual.

Yo misma había empezado a dar clases particulares desde que estudiaba BUP. Impartía asignaturas del nivel anterior al que cursaba, y con excelentes resultados ya que mis alumnos siempre aprobaban.

Estuve dando clases hasta que terminé la carrera, alrededor de dos horas diarias por la tarde. Después me ponía a estudiar lo mío terminando casi siempre de madrugada.

En los veranos me ponía las botas: daba clase de cualquier curso y asignaturas de EGB, BUP o COU de mi especialidad, desde las nueve o diez de la mañana hasta las dos o tres de la tarde.

Recuerdo haber preparado a dos auxiliares de enfermería para la prueba de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y haber resuelto algún caso de dislexia, como el que paso a contar:

Se llamaba Gabriel, estaba en tercero de Primaria y cometía errores al escribir y leía mal. Sobre todo se confundía en las trabadas e inversas.

Un día le pedí que realizase un dibujo. Me di cuenta de que dudaba en si coger el lápiz con la mano derecha o con la izquierda. Me miró esperando a que yo le indicara con cuál.

—Con la que te sientas más cómodo —le dije. Y él tomó el lápiz para dibujar con la izquierda.

Hablé con Gabriel y con su madre. Parece que en el colegio le dijeron que tenía que coger el lápiz con la mano derecha. Yo pensaba que a esas alturas todos los profesores sabían lo de la «mano dominante». Que no es un capricho del niño ni se debe corregir.

Comenzó a escribir con la izquierda y sus problemas desaparecieron como por arte de magia.

Una niña precoz

La escuela siempre fue para mí como mi casa; supongo que influyó el hecho de que mi madre comenzara a llevarme desde los siete meses.

En aquella época no había tanto control como ahora, y como mi abuela trabajaba, mi madre decidió que la acompañaría a su

escuela unitaria donde convivían, en una sola clase, alumnos de diferentes niveles educativos.

Pues eso, que mis primeros juguetes fueron lápices, libros y cuadernos.

Así las cosas, cuando mi madre quiso darse cuenta, yo había aprendido a leer sola. Bueno, sola no. Lo que ocurrió fue que me convertí en esponja y todo lo que ella explicaba, ¡yo lo absorbía!

Los niños aprenden por imitación. Imitando aprenden a hablar. Copian gestos y conductas.

Aquello que ven deja una huella mucho más importante que lo que se les dice.

Veía leer a mi madre en clase y en casa. Y cuando iba a casa de mis abuelos, él siempre andaba con una novela del Oeste, la colección se llamaba *Marcial Lafuente Estefanía*. Cada novela costaba un duro, es decir, cinco pesetas y se intercambiaban los domingos en la Plaza Alta. Así la gente solo tenía que comprar una.

Mi abuela, la pobre, no tenía tiempo, pero siempre me regalaba cuentos.

Desde que aprendí a jugar con las letras, leer me pareció la actividad más fascinante de todas. Amo leer. De hecho, cuando me siento mal y leo algún libro que me guste mucho, me cambia el ánimo enseguida.

Hace unos años escribí un poema que habla del tema. Creo que este es el sitio para incluirlo.

La necesidad de saber

La curiosidad es infantil.
Por qué, para qué, surgen en casa.
Si la curiosidad se alimenta,
el aprender no para.
Cuando el caldo de cultivo

es pobre,
cuando el niño no ve leer
a nadie en casa,
no querrá hacerlo;
leer cansa.
La cultura y el saber son valores
no valorados en muchas casas.
Es mucho más divertido ver
lo que echan en la tele,
lo que pasa en otras casas.
Ahora vienes a mí
y te digo que el saber da alas.
Quiero imponerte valores
que nunca viste en tu casa.
Ilusa de mí
si te digo que es blanco
y cuando salgas a tu ambiente
todo lo veas diferente
y sea negro para ti.
¿De qué recortes hablan?
¿Más alumnos?
¿Menos profesores por aula?
¡El peor de los recortes
viene ya puesto de casa!

No recuerdo cuándo empecé a leer con soltura, pero lo que sí está guardado en mi memoria fue que cuando me llevaron a infantil, a una escuelita que estaba enfrente de mi casa, en la avenida de Pardaleras, decidieron enviarme directamente a primero de Primaria porque allí, entre los pequeños, no pintaba nada.

Educación primaria

Cursé primero de Primaria con un año de adelanto en el colegio de *La Aneja*, hoy CEIP *Arias Montano*. Era el curso 1966-1967.

Cierro los ojos para estrujar la memoria y verme con seis o siete años. Veo a una niña con dos trenzas muy tiesas, ojos grandes y un babi blanco. He buscado fotos de la época y he comprobado que llevábamos también un lazo que cambiaba de color según el curso, a modo de corbata.

Recuerdo perfectamente el día de mi primera comunión y la noche anterior, sin poder dormir por los bigudíes de madera. Tengo muy presente los nervios al subir al altar y leer en la ceremonia.

También recuerdo otros días en la iglesia. No podíamos ir sin mangas y debíamos cubrir nuestras cabezas con un velo blanco.

Pienso en esto ahora que tanto se habla del velo en Irán, y me resulta interesante reflexionar cómo la religión y sus dirigentes determinan usos y costumbres.

Yo tenía mucha fe, estaba completamente segura de que Dios me hablaba y temía ir al infierno.

Un día fuimos de excursión al campo y, al llegar, me alejé del grupo. Ya desde niña buscaba la soledad a ratos. De pronto, la vi. Ella brillaba para mí, sonreía y hasta movía los labios. Allí, en la parte central de una margarita estaba la Virgen María. Sobrecogida, se lo conté a algunas compañeras. La mayoría me creyó. Regresé muy feliz sintiéndome elegida.

Ahora comprendo que la fe se contagia, que si te cuentan una y otra vez las mismas cosas terminas por creerlas.

Todas las mañanas, antes de entrar en el aula, formábamos una fila perfecta y cantábamos el *Cara al sol* después de arriar la bandera. La formación se deshacía después de un sonoro «¡Viva España!» y «¡Viva Franco!».

En el aula, cuando pasaban lista y te nombraban, había que responder: «¡Servidora!» o «Viva Jesús».

La directora de *La Aneja* era, en esos años, doña Purificación Hernández, una señora adusta que se peinaba con moño. Ella, siempre que se cruzaba conmigo, me decía «mi *arma*» mientras me daba con sus dedos en la frente. Entendía yo, en mi mente infantil, que quería decirme «mi alma», pero no comprendía qué significado tenían esos golpecitos —algunas veces no tan pequeños— en mi cabeza. Sea como fuere, jamás se me ocurrió protestar ni decir nada al respecto.

El colegio estaba dividido en dos zonas, la femenina y la masculina. En el patio una línea dividía las dos partes. A nadie se le ocurría cruzarla.

Recuerdo que estaba la moda de los cromos, era un juego fundamentalmente de niñas. A mí me encantaban, los guardaba como un auténtico tesoro. No nos estaba permitido jugar con ellos en el colegio, supongo que sería por no querer algo competitivo. Recuerdo un álbum de cromos que se llamaba *Vida y Color*. Los cromos repetidos los cambiábamos en el quiosco de San Francisco que estaba enfrente de lo que antes era *Simago*.

Quizás, los que no son de mi generación no sabrán cómo se jugaba. Cada jugadora colocaba un número igual de cromos boca abajo —es decir, sin que se les viera el santo o ilustración— sobre una superficie plana, suelo o mesa, y había que voltearlos. Antes que nada, se decidía el orden de juego. La primera jugadora, con la palma de la mano ahuecada, da un golpe a los cromos y la alza rápidamente para que se haga el vacío. Guarda para sí aquellos que hayan sido volteados y pasa el turno a la siguiente. Si después de dar la palmada no consiguiera voltear ni un cromo, le cede paso a otra jugadora. Cuando no queden cromos sobre la mesa, cada participante volverá a poner el mismo número de cromos.

Una variante del juego era que la jugadora que consiguiera voltear algún cromó seguiría jugando hasta fallar, pero esta modalidad casi nunca se aceptaba.

El caso que quiero contar es que, a pesar de que lo teníamos prohibido, muchas veces nos encerrábamos en los baños para poder jugar.

Uno de esos días, estábamos siete niñas en un baño divirtiéndonos con los cromos cuando nos sorprendió una maestra. La directora, doña Purificación Hernández, nos dio un castigo ejemplar. Además de mandarnos a casa durante tres días, nos hizo desfilar por las clases de los niños con un cartel que decía: «*Soy una de las siete guarras que estaban en el baño*». Lo recuerdo perfectamente, como si hubiese sido ayer mismo, pero no recuerdo que me afectara más allá del día de autos.

Pero hubo en esa etapa escolar un hecho que sí me afectó profundamente. Como ya he contado, yo leía perfectamente desde los cuatro años; tanto era así que siempre me pedían que leyera en los actos oficiales del colegio. Y, sin embargo, tuve una maestra, creo que fue en tercero de Primaria, que en el boletín de notas siempre me calificaba de la siguiente manera: Lectura, 3. Escritura, 2.

Recuerdo comentarle a mi madre que no lo entendía. Lo de la letra, sí es cierto que siempre tuve un trazo, llamémosle difícil, letra de médico. Todavía me pasa. Supongo que va asociado a mi carácter impulsivo y el querer hacer las cosas lo más rápidamente posible. Pero lo de la lectura no tenía explicación.

Mi madre aportó una justificación. Me vino a decir que aquella señora pensaba que no me esforzaba demasiado, y que, aunque lo hacía bien, podía hacerlo muchísimo mejor. Aquel razonamiento me dolía, pero me sirvió. Creo que, desde ese momento, cada vez que hago algo, por muy bien que lo haga, siempre pienso que no me he esforzado lo suficiente y que podría haberme superado.

Cada vez que algo así me sucede, pienso en la parábola de los talentos. Aun a riesgo de parecer pretenciosa (que no lo soy), estoy convencida de que recibí más talentos de los que desarrollo.

Sí, es verdad, soy un poco o muy vaga. De hecho, cada vez que proyecto escribir un libro, me propongo dedicar todos los días un ratito, pero siempre acabo como en los exámenes, dejándolo todo para el final.

Hasta hace poco pensaba que esto era propio de la edad, que cuando fuese mayor me corregiría, pero ya sé que no. Soy así, nada metódica y muy impulsiva. Sirva como ejemplo que mi novela *Un jarabe para Hugo* la escribí en tres días.

Un día escuché a esa maestra un comentario en voz alta: «Tan tonta como la madre», pero no se lo conté a mi mamá.

Muchos años después, creo que estaba terminando la carrera, un día surgió la conversación y me quedé de piedra. Me contó que esa maestra y ella fueron amigas, que discutieron, y parece ser que fui objeto del rencor hacia mi progenitora.

A lo largo de mi vida profesional he tenido algún caso de padres que me han amenazado, insultado y faltado al respeto. Pero jamás se me ocurrió vengarme utilizando al alumno. Siempre pensé que bastante desgracia tiene un niño con padres así.

Reflexioné sobre la actitud de mi madre y me pareció muy inteligente, ya que si me hubiese dicho la verdad habría perdido la fe en esa profesora y por ende en todos los demás.

Los padres no deben, en ningún caso, posicionarse en contra de los maestros; al menos no delante de los niños.

Evidentemente hay casos en los que los padres tienen que intervenir, pero hay que hacerlo con diplomacia y sin crear confusión en los niños.

Me viene a la cabeza el caso de Edison. Tal vez muchos lo conozcan, pero otros, no. Voy a tratar de resumirlo.

Thomas Edison era un alumno de los que ahora llamamos TDH, o lo que es lo mismo, Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad. Era el menor de siete hermanos. Su madre era maestra de escuela y su padre activista político. Un día llegó a casa

con una carta cerrada para su madre. Nancy Elliot la leyó bajo la atenta mirada del pequeño.

—¿Qué pone? —acabó preguntando.

Con lágrimas en los ojos, Nancy leyó a su hijo:

—Su hijo es un genio. Esta escuela es muy pequeña para él y no tenemos buenos maestros para enseñarle. Por favor, hágalo usted en casa.

Y desde ese momento Nancy se encargó personalmente de su educación.

No debió hacerlo mal ya que a los quince años Edison empezó a trabajar como telegrafista, y un año después, alumbró su primer invento: un repetidor automático capaz de transmitir señales de telégrafo entre diferentes estaciones. A este le seguirían más de mil inventos, entre ellos, la primera bombilla comercialmente viable.

Muchos años después, cuando Nancy ya había fallecido y Edison era un inventor reconocido a nivel internacional, encontró por casualidad la carta. Cuál fue su sorpresa cuando leyó sobrecogido el verdadero contenido.

«Su hijo está mentalmente enfermo y no podemos permitirle que venga más a la escuela».

¿Qué hubiera pasado si su madre no hubiese actuado de manera tan inteligente? Quizás ahora no tendríamos electricidad.

Salvando muchas distancias, la actitud de la madre de Edison y la de la mía son parecidas.

Repito, yo no digo que no haya maestros malos que, como las meigas, haberlos *haylos*. Pero sí digo que hay muchos padres que no saben que actuar contra los maestros delante de sus hijos es tirar piedras hacia su propio tejado.